



LECTIO DIVINA

XXX semana del Tiempo Ordinario
Del 27 de octubre al 02 de noviembre de 2019

**“El Dios que desciende
y se hace pequeño**



Oración introductoria

Dame la gracia, Señor, de reconocer que soy un pecador, tener la certeza de que Tú me puedes comprender como soy y me amas sin condiciones.

Petición

Cristo, dame tu luz para saber reconocer, y buscar cómo superar, mis debilidades.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 35,12-14.16-18)

EL Señor es juez, y para él no cuenta el prestigio de las personas. Para él no hay acepción de personas en perjuicio del pobre, sino que escucha la oración del oprimido. No desdeña la súplica del huérfano, ni a la viuda cuando se desahoga en su lamento. Quien sirve de buena gana, es bien aceptado, y su plegaria sube hasta las nubes. La oración del humilde atraviesa las nubes, y no se detiene hasta que alcanza su destino. No desiste hasta que el Altísimo lo atiende, juzga a los justos y les hace justicia. El Señor no tardará.

Salmo (Sal 33,2-3.17-18.19.23)

El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 4,6-8.16-18)

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación. En mi primera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. ¡No les sea tenido en cuenta! Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todas las naciones. Y fui librado de la boca del león. El Señor me librá de toda obra mala y me salvará llevándome a su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 18,9-14)

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que se confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Discurso sobre los salmos, Salmo 85, 2-3

“Dios mío, ten compasión de mí que soy un pecador.”

“Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy humilde y pobre.” (*Sal 85,1*) El Señor no inclina su oído al rico sino al pobre y miserable, al que es humilde y confiesa sus faltas, al que implora la misericordia. No se inclina al satisfecho que se jacta y se envanece como si nada le faltara y que dijo: “Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, ... ni como ese publicano.” (*Lc 18,11*) El rico fariseo exhibía sus méritos, el pobre publicano confesaba sus pecados.

Todos los que rechazan el orgullo son pobres delante de Dios y sabemos que Dios tiende su oído hacia los pobres y los indigentes. Reconocen que su esperanza no puede apoyarse ni en oro o plata ni en sus bienes que, por un tiempo, enriquecen su morada... Cuando un hombre menosprecia en sí todo aquello que infla el orgullo es pobre ante Dios. Dios inclina hacia él su oído porque conoce los sufrimientos de su corazón.

Aprended, pues, a ser pobres e indigentes, teniendo o no teniendo bienes de este mundo. Uno puede encontrar a un mendigo orgulloso y a un rico convencido de su miseria. Dios se niega a los orgullosos, tanto si van vestidos de seda o cubiertos de harapos. Otorga su gracia a los humildes, sean o no notables de este mundo. Dios mira lo interior: aquí examina y juzga. Tú no ves la balanza de Dios. Tus sentimientos, tus proyectos, los mete en el platillo... ¿Hay a tu alrededor o dentro de ti algún objeto que estás tentado a retener para ti? ¡Recházalo! Que sólo Dios sea tu seguridad. ¡Estad hambrientos de Dios para que él os sacie!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Ante Dios nos presentamos todos con las manos vacías, un poco como el publicano de la parábola que se había detenido a orar al final del templo. Y cada vez que un hombre, al hacer el último examen de conciencia de su vida, descubre que las faltas son muchas más que las obras de bien, no debe desanimarse, sino confiarse a la misericordia de Dios.

Y esto nos da esperanza, ¡esto nos abre el corazón! Dios es Padre, y hasta el último momento espera nuestro regreso. Y al hijo pródigo que ha regresado, que comienza a confesar sus culpas, el padre le cierra la boca con un abrazo. ¡Este es Dios: así nos ama!» *(Audiencia de S.S. Francisco, 25 de octubre de 2017).*

Meditación

Cristo comienza reconociendo la realidad de que hay personas que se consideran mejores que otras y por esto se sienten superiores y desprecian a los demás, pero el hecho de que se crean mejores que muchas personas a su alrededor, les quita el mérito de sus talentos y las cosas que hacen bien, porque encontrarse con una persona engreída que se cree mejor que todos no es una experiencia buena.

El primer personaje de la parábola tiene muchas cosas por las que agradecer a Dios, pero lo hace de una manera soberbia porque no reconoce el don del cual Dios le hace partícipe ni que sus cualidades no son obra suya sino un regalo de Dios. Más allá que juzgar a las personas pecadoras con las que nos encontramos, debemos pedir por ellas y ver que nosotros podemos estar bien en algunos aspectos pero que todavía no somos perfectos.

En cambio, la segunda persona orante que aparece en la historia es alguien que reconoce sus limitaciones y no se avergüenza de decir que se ha equivocado y necesita del perdón de Dios en su vida. La persona que sabe pedir perdón es un tesoro para los que lo rodean porque tiene la humildad

de decir que no es perfecto, y eso ayuda a todos a crear una cultura de misericordia donde Dios ocupa el primer lugar y nosotros nos esforzamos por seguir su ejemplo.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.

Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 28 DE OCTUBRE DE 2019
SAN SIMÓN Y SAN JUDAS, APÓSTOLES
Para ser apóstoles.

Oración introductoria

Cristo Señor, ahora que estoy contigo quiero pasar algunos momentos escuchándote y alimentando en mí el deseo de seguir amándote. Para esto te pido la gracia de saber estar a tu lado.

Petición

Jesús, dame la generosidad para comprometer mi vida a trabajar por ti.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 2,19-22)

Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois ciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu.

Salmo (Sal 18,2-3.4-5)

A toda la tierra alcanza su pregón.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 6,12-19)

En aquel tiempo, subió Jesús a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles: Simón, al que puso de nombre Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago Alfeo, Simón, apodado el Celotes, Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor. Bajó del monte con ellos y se paró en un llano, con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades; los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, y la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos.

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía sobre la primera carta a los Corintios; 4, 3; PG 61,34 (trad. breviario
24/08)*

Los apóstoles, testigos del Cristo resucitado

San Pablo decía: «Lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1Co 1,25). Esta fuerza de la predicación divina la demuestran los hechos siguientes. ¿De dónde les vino a aquellos doce hombres, ignorantes, que vivían junto a lagos, ríos y desiertos, el acometer una obra de tan grandes proporciones y el enfrentarse con todo el mundo, ellos, que seguramente no habían ido nunca a la ciudad ni se habían presentado en público? Y más, si tenemos en cuenta que eran miedosos y apocados, como sabemos por la descripción que de ellos nos hace el evangelista que no quiso disimular sus defectos, lo cual constituye la mayor garantía de su veracidad.

¿Qué nos dice de ellos? Que, cuando Cristo fue apresado, unos huyeron y otro el primero entre ellos, lo negó, a pesar de todos los milagros que habían presenciado. ¿Cómo se explica, pues, que aquellos que, mientras Cristo vivía, sucumbieron al ataque de los judíos, después una vez muerto y sepultado, se enfrentaran contra el mundo entero, si no es por el hecho de su resurrección, que algunos niegan, y porque les habló y les infundió ánimos? De lo contrario, se hubieran dicho: «¿Qué es esto? No pudo salvarse a sí mismo, y ¿nos va a proteger a nosotros? Cuando estaba vivo, no se ayudó a sí mismo, y ¿ahora, que está muerto, nos tenderá una mano?

El, mientras vivía, no convenció a nadie, y ¿nosotros, con sólo pronunciar su nombre, persuadiremos a todo el mundo? [...]». Todo lo cual es prueba evidente de que, si no lo hubieran visto resucitado y no hubieran tenido pruebas bien claras de su poder, no se hubieran lanzado a una aventura tan arriesgada.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En esta perspectiva, es oportuno que cada uno se plantee una pregunta: ¿Cómo siento yo la elección: me siento cristiano por casualidad? ¿Cómo vivo yo la promesa, una promesa de salvación en mi camino? ¿Y cómo soy fiel a la alianza, cómo Él es fiel? Porque, Él es fiel y por esta razón los dones y la llamada son irrevocables: Él no puede renegarse a sí mismo, Él es la fidelidad misma. Por tanto, teniendo en cuenta esa verdad, conviene plantearse uno mismo: ¿Me siento elegido por Dios? ¿Siento la caricia de Dios en mi corazón? ¿Siento que Dios me ama? ¿Y me cuida? ¿Y cuándo me alejo, Él va a buscarme? Puede ser de ayuda pensar en la parábola de la oveja perdida, por ejemplo: el Señor que va y las promesas que ha hecho y las alianzas.» *(Homilía de S.S. Francisco, 6 de noviembre de 2017, en santa Marta).*

Meditación

No hemos elegido a Cristo, sino que Él nos ha elegido y nos ha dado las fuerzas para poder optar por Él. Nos ha llamado a ser discípulos y apóstoles que se esfuerzan por imitar lo que ven. Es una invitación a seguir los pasos del Maestro e intentar transmitir lo que aprendemos de Él. Es así como Cristo nos proyecta un camino.

Hay momentos en que le vemos, le oímos, aprendemos de Él. Nos muestra la sabiduría que puede iluminar toda confusión e inseguridad. Escuchamos las respuestas que pueden sanar las preguntas que surgen en el mundo. Hay momento en que aprendemos del Maestro lo que significa ser su discípulo y apóstol.

Pero, también llega la oportunidad en que, después de haber caminado a su lado, nos muestra la forma en la cual se transmite su mensaje a una multitud, en medio de personas que muestran curiosidad e interés en saber «quién es este hombre».

Al final, nosotros podremos estar en frente de una multitud de personas, creyente o no creyentes, heridos o rencorosos, humildes o soberbios. Si logramos mantener en nuestra memoria la experiencia de un Cristo que nos ha hablado, nos ha elegido y nos ha formado, si recordamos constantemente esos momentos que pasamos juntos, surgirá en nuestro interior un apasionado deseo de llevar su mensaje. Si supimos estar con Cristo, Él sabrá permanecer en nuestro corazón. Sobre todo, cuando queramos transmitirle.

Oración final

Pues bueno es Yahvé
y eterno su amor,
su lealtad perdura de edad en edad. *(Sal 100,5)*

MARTES, 29 DE OCTUBRE DE 2019
Una fe que fructifica

Oración introductoria

Señor, auméntame la fe

Petición

Señor, dame la gracia de luchar el día de hoy por avanzar en mi santidad.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 8,18-25)

Sostengo que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por

su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia.

Salmo (Sal 125,1-2ab.2cd-3.4-5.6)

El Señor ha estado grande con nosotros.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 13,18-21)

En aquel tiempo, decía Jesús: «¿A qué se parece el reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto; crece, se hace un arbusto y los pájaros anidan en sus ramas.» Y añadió: «¿A qué compararé el reino de Dios? Se parece a la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.»

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilías sobre el evangelio de Mateo, n°46, 2*

“Hasta que toda la masa fermente.” (cf Mt 13,33)

El Señor propone la parábola de la levadura. "Lo mismo que la levadura comunica su fuerza invisible a toda la masa, también la fuerza del Evangelio transformará el mundo entero gracias al ministerio de mis

apóstoles... No me digas: “¿Qué podemos hacer, nosotros doce miserables pecadores, frente al mundo entero?”

Precisamente ésta es la enorme diferencia entre causa y efecto, la victoria de un puñado de hombres frente a la multitud, que demostrará el esplendor de vuestro poder. ¿No es enterrando la levadura en la masa, 'escondiéndola', lo que según el Evangelio, transforma toda la masa? Así, también vosotros, apóstoles míos, mezclándoos con la masa de los pueblos, es como la penetraréis de vuestro espíritu y como triunfaréis sobre vuestros adversarios.

La levadura, desapareciendo en la masa, no pierde su fuerza; al contrario, cambia la naturaleza de toda la masa. De la misma manera, vuestra predicación cambiará a todos los pueblos. Por tanto, confiad "... Es Cristo el que da fuerza a esta levadura..." No le reprochéis, pues, el reducido número de sus discípulos: es la fuerza del mensaje lo que es grande... Basta una chispa para convertir en un incendio algunos pedazos de bosque seco, que rápidamente inflamarán a su alrededor todo el bosque verde.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Parafraseando las palabras del Señor podríamos preguntarnos: ¿A qué es semejante un cristiano en estas tierras? ¿A qué se puede comparar? Es semejante a un poco de levadura que la madre Iglesia quiere mezclar con una gran cantidad de harina, hasta que toda la masa fermente. En efecto, Jesús no nos ha elegido y enviado para que seamos los más numerosos. Nos ha llamado para una misión. Nos ha puesto en la sociedad como esa pequeña cantidad de levadura: la levadura de las bienaventuranzas y el amor fraterno donde todos como cristianos nos podemos encontrar para que su Reino se haga presente.

Aquí me viene a la mente el consejo que dio san Francisco a sus frailes, cuando los envió: “Id y predicad el Evangelio: si fuera necesario, también con palabras”. Queridos amigos: esto significa que nuestra misión

de bautizados, sacerdotes, consagrados, no está determinada principalmente por el número o la cantidad de espacios que se ocupan, sino por la capacidad que se tiene de generar y suscitar transformación, estupor y compasión; por el modo en el que vivamos como discípulos de Jesús, junto a aquellos con quienes compartimos lo cotidiano, las alegrías, los dolores, los sufrimientos y las esperanzas.» (*Discurso de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2019*).

Meditación

Nuestra fe debe ser como el grano de mostaza que, aun siendo pequeño, puede dar grandes frutos. Una persona con una fe que fructifica está cerca de la santidad, o ya la ha alcanzado, porque es capaz de confiar en Dios dejándole actuar en su propia vida.

La fe se fortifica con las cosas pequeñas que hacemos, una visita a una iglesia, un par de minutos de oración, un rosario, etc. Estas acciones pueden hacer la diferencia que nos ayuda a comprender cuál es el lugar de Dios en nuestras vidas. Como el árbol de mostaza que crece, así pasa en la vida de una persona que se deja guiar por Dios en las cosas cotidianas y, al final, termina siendo una persona que comunica la presencia de Dios y hace que la gente que la conoce pueda decir: ¡Qué bien se está contigo!, porque es una persona que irradia a Dios. Una vida de fe bien vivida da gusto verla y estar cerca de ella, pero qué difícil llegar a este nivel en nuestra relación con Dios.

Ante esta problemática, Jesús nos aconseja que tengamos paciencia porque el árbol da sus frutos al tiempo oportuno; confiando en Dios podemos esperar a que Él nos ayude a dar los frutos porque la semilla crece por sí sola, pero necesita de alguien que la cuide y la plante; así es, también en nuestro caso, Dios nos cuida para que podamos dar fruto.

Oración final

¡Dichosos los que temen a Yahvé
y recorren todos sus caminos!
Del trabajo de tus manos comerás,
¡dichoso tú, que todo te irá bien! *(Sal 128,1-2)*

MIÉRCOLES, 30 DE OCTUBRE DE 2019
¿Por cuál puerta quiero entrar?

Oración introductoria

Señor, dame las fuerzas suficientes para entrar por las puertas que me vas poniendo en mi camino.

Petición

Jesús, concédeme entrar siempre por la puerta estrecha de la abnegación y del sacrificio.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 8,26-30)

El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios. Sabemos también que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

Salmo (Sal 12,4-5.6)

Yo confío, Señor, en tu misericordia.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 13,22-30)

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando. Uno le preguntó: «Señor, ¿serán pocos los que se salven?» Jesús les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: "Señor, ábrenos"; y él os replicará: "No sé quiénes sois." Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas." Pero él os replicará: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados." Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.»

Releemos el evangelio

Simeón el Nuevo Teólogo (c. 949-1022)

monje griego

Himno 53

Reconocer desde ahora la puerta abierta

Ves, oh Cristo, mi angustia, ves mi falta de valentía, ves mi falta de fuerza, ves mi pobreza, ves mi debilidad, y de mí, ¡oh Verbo, ten piedad! Brilla ahora sobre mí como antiguamente, alumbrando mi alma, ilumina mis ojos para verte, luz del mundo (*Jn 8,12*), tú, el gozo, la felicidad, la vida eterna, delicia de los ángeles tú, el Reino de los cielos y del Paraíso, corona de los justos, su Juez y su Rey. ¿Por qué escondes tu rostro? ¿Por qué te alejas de mí, tú, mi Dios tú, que no quieres jamás alejarte de los que te

aman? ¿Por qué me huyes, por qué me quemas por qué me hieres y me aplastas? Tú sabes que te amo y que te busco con toda mi alma.

Revélate, según tu palabra... ¡Ábreme los dos batientes la sala de bodas, Dios mío; sí, no me cierres la puerta de tu luz, oh Cristo mío! “-¿Piensas tú, hijo de los hombres, forzarme con tus palabras? ¿Qué es lo que estás diciendo, insensato: que escondo mi rostro? ¿Sospechas tú, aunque sea solo un poco que cierro puertas y batientes? ¿Te imaginas tú que me alejo jamás de ti? ¿Qué es lo que has dicho: yo, verdaderamente, te enciendo, te quemo, te aplasto? Tus palabras, es verdad, no son justas, y esta idea tampoco es justa. Mejor que escuches las palabras que te voy a decir: yo era luz, incluso antes de haber creado todas las cosas que ves.

Por todas partes, yo soy, por todas partes, yo era, y, habiendo creado toda la creación, estoy por todas partes y en todo... ¡Considera mis beneficios, mira mis designios, aprende cuales son mis dones! Me manifesté al mundo y he dado a conocer a mi Padre, he derramado abundantemente mi Espíritu santísimo, realmente, sobre toda carne. He revelado mi nombre a todos los hombres, y a través de mis obras, porque soy creador, porque soy el autor del mundo. He dado a conocer y ahora muestro Todo lo que es preciso hacer.”

Palabras del Santo Padre Francisco

«Pero Jesús invierte la pregunta, que se centra más en la cantidad, es decir, “¿son pocos?” y en su lugar coloca la respuesta en el nivel de responsabilidad, invitándonos a usar bien el tiempo presente. En efecto, dice: “Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán”. Con estas palabras, Jesús deja claro que no se trata de una cuestión de número, ino hay “un número cerrado” en el Paraíso! Sino que se trata de cruzar el paso correcto desde ahora, y este paso correcto es para todos, pero es estrecho.

Este es el problema. Jesús no quiere engañarnos diciendo: “Sí, tranquilos, la cosa es fácil, hay una hermosa carretera y en el fondo una gran puerta”. No nos dice esto: nos habla de la puerta estrecha. Nos dice las cosas como son: el paso es estrecho. ¿En qué sentido? En el sentido de que para salvarse uno debe amar a Dios y al prójimo, iy esto no es cómodo! Es una “puerta estrecha” porque es exigente, el amor es siempre exigente, requiere compromiso, más aún, “esfuerzo”, es decir, voluntad firme y perseverante de vivir según el Evangelio.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 25 de agosto de 2019*).

Meditación

Centremos nuestra mirada en la puerta angosta y preguntémonos si realmente queremos entrar por ella. Quién ha dicho que ser cristiano es fácil, quién ha dicho que el cristianismo se vive de una manera *light*. Los bautizados no estamos llamados a entrar por la puerta ancha, aquella que es mucho más fácil y asequible pero que, al fin y al cabo, lleva a la entrada de la perdición. Decía un santo: «trabajemos como si todo dependiera de nosotros con la conciencia de que todo depende de Dios».

El Señor jamás nos dejará solos, pues sabe muy bien por cuál puerta hemos de entrar; sabe perfectamente el tamaño por la cual cabemos nosotros, pues es Él quien nos da esa puerta. Tengamos claro que siempre estará allí para darnos la mano si fuera necesario.

Preguntémonos cada uno, ¿qué clase de puerta estoy buscando yo en mi vida? El mundo nos presentará muchas puertas, pero depende de nosotros cuál de ellas escogemos, si aquellas que son con marcos dorados, enchapados con oro y plata, o aquellas con marcos de madera vieja y pequeñas, que muchas veces son las que nos llevan a la salvación eterna.

Oración final

Alábente, Yahvé, tus creaturas,
bendígante tus fieles;
cuenten la gloria de tu reinado,
narren tus proezas. *(Sal 145,10-11)*

JUEVES, 31 DE OCTUBRE DE 2019

Una escucha activa de Dios.

Oración introductoria

Señor, dame la gracia de tener una convicción tan fuerte en tu amor que me lleve a hacer lo impensable.

Petición

Señor, ayúdame a saber esperar, con una gran alegría y esperanza, el triunfo de tu Reino.

Lectura de la carta del apóstol

san Pablo a los Romanos (Rom. 8,31b-39)

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros? ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?, como dice la Escritura: «Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza.» Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que

nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Salmo (Sal 108,21-22.26-27.30-31)

Sálvame, Señor, por tu misericordia.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 13, 31-35)

En aquella ocasión, se acercaron unos fariseos a decirle: «Márchate de aquí, porque Herodes quiere matarte.» Él contestó: «Id a decirle a ese zorro: "Hoy y mañana seguiré curando y echando demonios; pasado mañana llego a mi término." Pero hoy y mañana y pasado tengo que caminar, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la clueca reúne a sus pollitos bajo las alas! Pero no habéis querido. Vuestra casa se os quedará vacía. Os digo que no me volveréis a ver hasta el día que exclaméis: "Bendito el que viene en nombre del Señor."»

Releemos el evangelio

San Jerónimo (347-420)

sacerdote, traductor de la Biblia, doctor de la Iglesia

Carta 58, 2-4 ; PL 22, 580-582

« La Jerusalén de arriba es libre; esa es nuestra madre » (Ga 4,26)

No nos debemos felicitar por haber estado en Jerusalén, sino por haber vivido bien en ella. La ciudad que debemos buscar no es la que mató a los profetas y derramado la sangre de Cristo, sino la que pone en alborozo un río impetuoso, la que, construida sobre un monte, no puede quedar escondida, aquella que el apóstol Pablo proclama la madre de los

santos y en la que él mismo se alegra de residir juntamente con los justos (*Sl 45,5; Mt 5,14; Ga 4,26*)...

No me atrevería a limitar el poder ilimitado de Dios, a quien el mismo cielo no puede contener, a un lugar determinado o a confinarlo a un pequeño rincón de la tierra. Cada creyente es apreciado según el mérito de su fe y no por el lugar en que habita; y los verdaderos adoradores no tienen necesidad ni de Jerusalén ni de Garizim para adorar al Padre, porque «Dios es espíritu» y sus adoradores deben «adorarlo en espíritu y en verdad» (*Jn 4,21-23*). Y también, «el Espíritu sopla donde quiere» (*Jn 3,8*) y «del Señor es la tierra y cuanto la llena» (*Sl 23,1*)... Los santos lugares de la cruz y la resurrección sólo son útiles a los que llevan su cruz, resucitan con Cristo cada día y dan muestras de ser dignos de habitar en tales sitios.

En cuanto a los que dicen «El Templo del Señor, el Templo del Señor, el Templo del Señor» (*Jr 7,4*), que escuchen esta palabra del apóstol: «Vosotros sois el templo de Dios si el Espíritu de Dios habita en vosotros» (*1Co 3,16*)... No creas, pues, que le falta algo a tu fe si no has visto Jerusalén y no creas que yo soy mejor por el hecho de vivir en este lugar. Sino que aquí o donde sea recibirás la recompensa según sean tus obras delante de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Les recomiendo vigilar no sólo individualmente, sino colegialmente, dóciles al Espíritu Santo, sobre este permanente punto de partida. Sin este núcleo languidecen los rasgos del Maestro en el rostro de los discípulos, la misión se atasca y disminuye la conversión pastoral, que no es otra cosa que rescatar aquella urgencia de anunciar el Evangelio de la alegría hoy, mañana y pasado mañana, premura que devoró el Corazón de Jesús dejándolo sin nido ni resguardo, reclinado solamente en el cumplimiento hasta el final de la voluntad del Padre. ¿Qué otro futuro podemos perseguir? ¿A qué otra dignidad podemos aspirar?» (*Discurso de S.S. Francisco, 7 de septiembre de 2017*)

Meditación

La misión de Cristo implicaba también su muerte. Él la había aceptado, sabiendo que su vida estaba en juego, porque tenía la firme convicción de que el Padre no lo abandonaría. Ante la amenaza de Herodes, Jesús, teniendo el poder divino, se muestra sereno porque el plan que el Padre le ha dado es de su conocimiento y lo quiere cumplir como debe. El momento de su muerte llegará, pero no ahora. Él mismo da la señal de los tres días en los que la obra divina tendrá lugar, pero al tercero terminará y algo más tendrá inicio, un tiempo renovado de alegría.

En la figura de Herodes, Jesús ve cómo la gente de Jerusalén se ha cerrado a su mensaje y se conmueve porque quería que todos llegasen a convertirse en hijos de Dios, no solo de nombre, sino también de hecho. Es de notar cómo se matizan los sentimientos de Cristo que se expresan en la figura de una gallina que reúne a sus críos bajo sus alas; esta figura nos habla de la ternura divina que se muestra comprensiva con los que quiere, aun en los momentos difíciles. Cristo es como una madre que no se cansa de amar a sus hijos y sufre cuando ellos sufren; este sufrimiento que Cristo experimenta se debe a que hay gente que se pierde, en lugar de seguir su mensaje, y no podrá encontrar su felicidad.

La muerte de Cristo nos ayuda a comprender nuestro propio sufrimiento humano y cómo la historia no se quedó allí; nos ayuda a saber que Dios nos hizo para ser felices y no para sufrir; por esto Cristo resucitó y nos comunicó el gozo de su nueva vida.

Oración final

¡Buscad a Yahvé y su poder,
id tras su rostro sin tregua,
recordad todas sus maravillas,
sus prodigios y los juicios de su boca! *(Sal 105,4-5)*

VIERNES, 01 DE NOVIEMBRE DE 2019
TODOS LOS SANTOS
La actitud del santo.

Oración introductoria

Permíteme escuchar tu voz, Señor, esa voz que llama a la santidad auténtica, la del día a día.

Petición

Jesús, dame la gracia para luchar por mi santidad en la vida cotidiana, en la familia, el trabajo y en el apostolado.

Lectura del libro del Apocalipsis (Ap. 7,2-4.9-14)

Yo, Juan, vi a otro Ángel que subía del Oriente y tenía el sello de Dios vivo; y gritó con fuerte voz a los cuatro Ángeles a quienes había encomendado causar daño a la tierra y al mar: «No causéis daño ni a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios.» Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel. Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero.» Y todos los Ángeles que estaban en pie alrededor del trono de los Ancianos y de los cuatro Vivientes, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: «Amén, alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos, amén.» Uno de los Ancianos tomó la palabra y me dijo: «Esos que están vestidos con vestiduras blancas quiénes son y de dónde han venido?» Yo le respondí: «Señor mío, tú lo

sabrás.» Me respondió: «Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la Sangre del Cordero.»

Salmo (Sal 23,1-2.3-4ab.5-6)

Este es la generación que busca tu rostro, Señor.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1 Jn. 3,1-3)

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purificará a sí mismo, como él es puro.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,1-12)

Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.»

Releemos el evangelio

Beato Juan van Ruysbroeck (1293-1381)

canónigo regular

Los siete grados del amor

Con todos los santos

En la vida eterna contemplaremos con los ojos de la inteligencia la gloria de Dios, de los ángeles y de todos los santos, así como la gloria y la recompensa de cada uno en particular. En el día del juicio, cuando resucitaremos con nuestros cuerpos gloriosos por el poder de Nuestro Señor, estos cuerpos serán resplandecientes como la nieve, más brillantes que el sol, transparentes como el cristal... Cristo, nuestro “chantre y maestro de coro”, cantará con voz triunfante y dulce un cántico eterno, la alabanza y el honor de su Padre celestial.

Todos cantaremos este cántico con corazón alegre y voz clara para toda la eternidad. La gloria y la felicidad de nuestra alma brotará en nuestros sentidos y impregnarán nuestros miembros. Nos contemplaremos mutuamente con ojos glorificados. Escucharemos, pronunciaremos y cantaremos la alabanza de Nuestro Señor con voz indefectible. Cristo nos servirá. Nos mostrará su rostro luminoso y su cuerpo de gloria marcado con las llagas de la fidelidad y del amor. Veremos todos los cuerpos glorificados con todas las marcas del amor con que sirvieron a Dios desde el comienzo del mundo... Nuestros corazones se enardecerán en el amor ardiente por Dios y por todos los santos... Cristo, en su naturaleza humana, llevará el coro de la derecha, ya que esta naturaleza es lo más noble y lo más sublime que Dios ha creado. A este coro pertenecen todos aquellos que viven en él y él en ellos. El otro coro es el de los ángeles. Aunque sean de naturaleza superior que los hombres, tenemos la ventaja gracias a Jesucristo con quien formamos un solo cuerpo.

Cristo será el pontífice supremo en medio del coro de los ángeles y de los hombres ante el trono de la soberana majestad de Dios. Ofrecerá y renovará ante su Padre celestial todas las ofrendas que jamás se hayan ofrecido por los ángeles y por los hombres. Sin cesar, ser renovarán y estarán eternamente presentes en la gloria de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Sí, benditos aquellos que dejan de engañarse creyendo que pueden salvarse de su debilidad sin la misericordia de Dios, que es la sola que puede sanar el corazón. Solo la misericordia del Señor sana el corazón. Bienaventurados los que reconocen sus malos deseos y con un corazón arrepentido y humilde no se presentan ante Dios y ante los hombres como justos, sino como pecadores.» (*Audiencia de S.S. Francisco, 21 de noviembre de 2018*).

Meditación

Una señora me interpeló muy fuertemente una vez, me dijo: «no es justo que digan que porque tengo dinero no puedo ir al cielo, que porque vivo con un cierto nivel económico me son cerradas las puertas del amor de Dios...» Me sorprendió las expresiones que utilizaba contra algunos sacerdotes que insistían mucho en esto. La verdad le doy la razón, muchos asocian las riquezas con el pecado, pero no necesariamente esto debe ser así.

Después le pregunté: «¿A qué dedica su dinero?» Su respuesta me pareció sana: «pues a mi familia». En ese momento recordé este pasaje del Evangelio que hemos escuchado y le respondo: «Muy bien, pero ¿no le gustaría ser pobre de espíritu para realmente poder llegar al cielo?» «¿Usted también?», responde un poco alterada; simplemente me limité a preguntarle: «¿Sabe quiénes son los pobres de espíritu?» No se trata de dar todo cuanto tenemos, sino de vivir desprendidos de las cosas materiales que nos rodean. Este es el verdadero llamado a la santidad, el vivir con la

actitud de desprendimiento por amor a Dios y a los demás, camino seguro para ser santo.

Si nuestra actitud no nos invita a querer ser santos, por mucho que lloremos, suframos, padezcamos injusticia, seamos pobres o seamos ricos, si no vivimos unidos a Dios, confiando en su Providencia, sabiendo dejar a un lado todo lo demás, no viviremos la pobreza de espíritu que nos lleva al Reino de Dios.

Oración final

Señor Jesús, tú nos indica la senda de las bienaventuranzas para llegar a aquella felicidad que es plenitud de vida y de santidad. Todos estamos llamados a la santidad, pero el tesoro para los santos es sólo Dios. Tu Palabra Señor, llama santos a todos aquellos que en el bautismo han sido escogidos por tu amor de Padre, para ser conformes a Cristo.

Haz, Señor, que por tu gracia sepamos realizar esta conformidad con Cristo Jesús. Te damos gracias, Señor, por tus santos que has puesto en nuestro camino, manifestación de tu amor. Te pedimos perdón porque hemos desfigurados en nosotros tu rostro y renegado nuestra llamada a ser santos.

SÁBADO, 02 DE NOVIEMBRE DE 2019
CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS
Ama hoy... mañana será ya tarde.

Oración introductoria

Señor, concédeme la gracia de desprender mi corazón de todo y de todos. Que solo tú, Señor seas mi alegría y riqueza, pues Tú me lo has dado todo, de Ti todo viene y a Ti todo vuelve. Confío en Ti, a tu lado ya no temeré.

Petición

Dame en esta oración la gracia de vivir con el apremio de hacer rendir el tiempo que me concedes, para amarte más a través de mis hermanos.

Lectura del libro de las Lamentaciones (Lam. 3,17-26)

Me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha; me digo: «Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor.» Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena; no hago más que pensar en ello y estoy abatido. Pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza: que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión: antes bien, se renuevan cada mañana: ¡qué grande es tu fidelidad! El Señor es mi lote, me digo, y espero en él. El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan; es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.

Salmo (Sal 129,1-2.3-4.5-6.7-8)

Desde lo hondo a ti grito, Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 12, 23-28)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. Yo les aseguro que si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, producirá mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde; el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, para que donde yo esté, también esté mi servidor; el que me sirve, será honrado por mi Padre. Ahora que tengo miedo, ¿Le voy a decir a mi Padre: 'Padre, líbrame de esta hora?' No, pues precisamente para esta hora he venido. Padre, dale gloria a tu nombre". Se oyó entonces una voz que decía: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo".

Releemos el evangelio

San Ireneo de Lyon (c. 130-c. 208)

obispo, teólogo y mártir

Contra las herejías, V, 2,3

Como el grano de trigo

El tronco de la vid, una vez plantado en tierra, da fruto al llegar el tiempo. Igualmente ocurre con el grano de trigo que después de caer en tierra y haber muerto en ella (*Jn 12,24*), resurge multiplicado por el Espíritu Santo que sostiene todas las cosas. Seguidamente, gracias al tino del viñador, viene el uso que de él hacen los hombres; después, recibiendo la Palabra de Dios, se convierte en eucaristía, es decir, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

De la misma manera nuestros cuerpos, alimentados por la eucaristía, después de haber sido depositados en tierra y haberse disuelto en ella, a su tiempo resucitarán, cuando el Verbo de Dios les concederá la gracia de la resurrección «para gloria de Dios Padre» (*Flp 2,11*). Porque el Padre procurará la inmortalidad a lo que es mortal y la incorruptibilidad a lo que es perecedero (*1Co 15,53*), porque la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad (*2Co 12,9*). En estas condiciones nos guardaremos muy mucho de enorgullecernos, de levantarnos contra Dios aceptando pensamientos ingratos, como si fuera por nuestras propias fuerzas que tenemos vida.

Por el contrario, sabiendo por experiencia que es gracias a su grandeza... que tenemos el poder de vivir para siempre, no nos alejaremos del pensamiento correcto sobre Dios y sobre nosotros mismos. Sabremos qué poder poseer a Dios y los beneficios que recibimos de él. No nos equivocaremos sobre la concepción que hemos de tener de Dios y del hombre. Por otra parte..., si Dios permite nuestra disolución en la tierra, ¿no será precisamente para que, instruidos sobre todas estas cosas, de ahora en adelante estemos más atentos a todo, no desconociendo ni a Dios ni a nosotros mismos?... Si la copa y el pan, por la Palabra de Dios, pasan a ser eucaristía, ¿cómo pretender que la carne es incapaz de recibir la Vida eterna?

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús es Aquel que manifiesta de forma definitiva la presencia y la salvación de Dios, y lo hace en Pascua: levantado en la cruz, es glorificado. Allí, Dios finalmente revela su gloria: quita el último velo y nos sorprende como nunca antes. Descubrimos, en efecto, que la gloria de Dios es todo amor: amor puro, loco e impensable, más allá de cualquier límite y medida. Hermanos y hermanas, hagamos nuestra la oración de Jesús: pidamos al Padre que quite el velo de nuestros ojos para que, en estos días, mirando al Crucificado, aceptemos que Dios es amor.

¡Cuántas veces lo imaginamos patrón y no padre!, ¡cuántas veces lo consideramos juez severo en vez de Salvador misericordioso! Pero Dios en la Pascua anula las distancias, mostrándose en la humildad de un amor que pide el nuestro. Nosotros, pues, le damos gloria cuando vivimos todo lo que hacemos con amor, cuando hacemos todo con el corazón, como para Él. La verdadera gloria es la gloria del amor, porque es la única que da vida al mundo. Por supuesto, esta gloria es lo contrario de la gloria mundana, que llega cuando uno es admirado, alabado, aclamado: cuando yo soy el centro de la atención. La gloria de Dios, en cambio, es paradójica: no hay aplausos ni audiencia. En el centro no está el yo, sino el otro.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 17 de abril de 2019).*

Meditación

Señor, cuántas veces he escuchado ya este Evangelio y sin embargo Tú hoy, a través de él, quieres tocar mi corazón y manifestarme tu voluntad en mi vida, iluminar las tinieblas de mi miseria y pecado, y llenar los vacíos profundos de mi ser; quieres darle sentido a mis sufrimientos y a mi existencia. Me dices entre líneas que Tú, conmigo, todo peso cargarás, que nunca me dejarás solo y que me amas como nadie jamás podría imaginar.

Quieres que te siga, para que yo pueda estar donde Tú estás. Quieres que dé gloria al Padre a través de mí día a día. Ayúdame a encontrarte donde sea que me encuentre y bajo cualesquiera que sean las circunstancias

en las que me halle. ¿Cuántas veces he huido de Ti porque no comprendía que eras mi Padre y creía que podría sanar mis heridas en otras aguas que no fueran las tuyas? Gracias porque, a pesar de ello, sigues ahí para mí, siempre con los brazos abiertos.

Padre, sea glorificado tu nombre en mi vida. «No sea yo ya quién viva, sino Cristo quien viva en mí» y revele tu amor al mundo de la manera que Tú quieras. Temo a la cruz y al sufrimiento, «pero hágase tu voluntad, Padre, y no la mía.» Si tú, mi amado Señor, sufriste y en la cruz moriste – siendo Dios-, ¿cómo espero yo no sufrir y vivir por siempre siendo hombre?

Oración final

Oh Dios, que nos nutre en la mesa de tu palabra y del pan de la vida para hacernos crecer en el amor. Concédenos acoger tu mensaje en nuestro corazón para llegar a ser en el mundo levadura e instrumento de salvación.